

ducta para con los dos representantes de Francia fué sumamente ridícula, pues no solo se negó á darles audiencia, sino que Mr. de Hardenberg no quiso recibirlos, á pesar de que iban á darle esplicaciones, de suerte que MM. de Laforest y Duroc cayeron en una especie de interdicto, viéndose privados de toda comunicacion, aun con Mr. Lombard, secretario particular, y con quien era preciso entenderse cuando se trataba de indemnizaciones alemanas ó del Hannover. Las personas que mediaban de secreto, declararon además que segun lo enfadado que estaba el rey contra los franceses, no se atrevian á pedirle una entrevista; pero todo aquello era calculado, pues lo que querian era salir de la apurada situacion en que se encontraban, diciendo á Francia que ella tenia la culpa de que se hubiesen roto los compromisos medio contraidos. Estos compromisos, que se habian renovado tantas veces, substituyendo á los varios proyectos de alianza frustrados, consistian en haber prometido formalmente que nunca serviria el territorio prusiano para que por él se hiciese una agresion contra Francia, y que aun el mismo Hannover estaria libre de una invasion; pero como los franceses habian atravesado violentamente el territorio prusiano, formaron el propósito de decir que ellos habian autorizado á otros para que hiciesen lo mismo, con lo cual creian poder eximirse de las dificultades de todo género aglomeradas en derredor suyo. Consiguiente á esto resolvieron declarar que de resultas de la violacion de territorio, Prusia quedaba exenta de todo compromiso, y que iba á conceder á los rusos el paso por Silesia, en compensacion

del que los franceses se habian tomado por Anspach; y no se contentaron con salir del apuro, sino que trataron de aprovecharse de aquella circunstancia para obrar en beneficio propio. Tomaron, pues, el partido de apoderarse de Hannover, donde solo quedaban seis mil franceses encerrados en la plaza fuerte de Hameln, y justificar semejante invasion con un pretesto especioso, esto es, el de preservarse de nuevas violaciones de territorio, pues se dirigia hácia Hannover un ejército anglo-ruso, y ocupándolo se impedía que el teatro de la guerra se trasladase al seno de las provincias prusianas, que era donde estaba enclavado por todas partes Hannover.

El rey convocó un consejo extraordinario á que asistieron el duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf, así como Mr. de Haugwitz, que vivia retirado de los negocios, y en él se adoptaron las resoluciones que acabamos de referir, dejándolas envueltas por espacio de algunos dias en una especie de nube, para aterrizar mas y mas á los dos representantes de Francia. Y eso que no creian fuese fácil intimidarlos, y mucho menos á su soberano, pero pensaban que teniendo como tenia Napoleon tantos enemigos, haria gran mella en él el temor de que se uniese á ellos Prusia, con lo cual seria la coalicion tan universal como la de 1792.

MM. de Laforest y Duroc insistieron por espacio de mucho tiempo, aunque inútilmente, en que se les permitiera hablar con Mr. de Hardenberg, y al fin le vieron, conociendo que hacia esfuerzos para contener una indignacion fingida. Por lo demás, lo único que recabaron de él en

medio de muchas quejas amargas, fué que les manifestase se habian roto los compromisos de Prusia, y que en lo sucesivo se guiaria por lo que le dictase su propia seguridad. Luego andando el tiempo, dejó penetrar á los enviados franceses la resolucion de abrir la Silesia á los rusos, y ocupar el Hannover con un ejército prusiano, so pretesto de impedir se introdujese en el centro del reino el fuego de la guerra, llegando hasta indicar que para Francia debia ser una fortuna salir ilesa á tan poca costa.

Todo esto era muy poco digno de la probidad del rey y el poderío de Prusia, pero sin embargo, pasado el primer impetu, empezaron á mejorarse las fórmulas, no solo porque entraba en el plan prusiano amansarse, sino tambien porque los sorprendentes hechos de armas de Napoleon, inspiraron á todas las córtés reflexiones y muy serias.

Lo que sucedia en Berlin se supo en Pulawi con la prontitud del relámpago, y Alejandro, que queria ver á Federico Guillermo antes de los motivos de queja que Francia acababa de dar á Prusia, debia quererlo mucho mas despues. Así es que esperanzado de hallar á aquel príncipe dispuesto á sufrir toda clase de influencias, lejos de fijar la cita en punto que distase lo mismo de uno que de otro, Alejandro anduvo todo el camino, trasladándose inmediatamente á Berlin.

Cuando supo Federico Guillermo la llegada del czar, sintió haber hecho tanto ruido, atrayéndose una visita molesta, por mucho que lisonjearse su amor propio, pues Napoleon empezaba á hacer la guerra de un modo tan brusco y decisivo, que no se hallaba muy animado á formar alianza con sus enemigos. Sin embargo, como no podia ne-

garse á las atenciones de un príncipe que segun decian le queria tanto, dió las órdenes oportunas para que se le recibiese con todo el aparato debido, y Alejandro entró en la capital de Prusia el 25 de octubre, al son de los cañonazos, y enmedio de las filas de la guardia real prusiana. El joven monarca le salió al encuentro, y le abrazó cordialmente, lo cual fué muy aplaudido por el pueblo de Berlin, que despues de ser en un principio favorable á los franceses empezaba á dejarse llevar del impulso de la córte, al oír repetir una y mil veces que Napoleon habia invadido el territorio de Anspach porque menospreciaba á Prusia. Se habia propuesto Alejandro desplegar en aquellas circunstancias todos cuantos medios de seducción habia en él, para hacer que la córte de Berlin secundase sus miras, y por no faltar á su propósito, empezó por la hermosa reina de Prusia, la cual era fácil de ganar, porque como descendiente de la casa de Mecklemburgo, abrigaba todas las pasiones que la nobleza alemana habia puesto en juego contra la revolucion francesa. Alejandro le consagró una especie de culto caballeresco y respetuoso, que podia tomarse por un simple homenaje rendido á su mérito, ó á un sentimiento todavia mas vivo, pues aunque Alejandro enamoraba á una dama distinguida de la nobleza rusa, era hombre y príncipe capaz de fingir un sentimiento que conviniese á sus fines particulares. Nada hizo, por lo demas, que pudiera ofender el decoro, ni la quisquillosa susceptibilidad de Federico Guillermo; pero lo cierto es que aun no habian transcurrido cuatro dias desde su llegada á Berlin, cuando ya se ocupaba de él to-

da la corte, elogiando su gracia y talento, y el generoso ardor con que defendia la causa de la Europa. Es verdad que se mostró muy atento con todos los parientes de Federico el Grande, visitando al duque de Brunswick y al mariscal de Mollendorf, como para honrar á los gefes del ejército prusiano. En cuanto al jóven príncipe Luis, sobrino del rey, y que se distinguia por el odio que profesaba á los franceses, y lo apasionado que era por la gloria, se mostraba mucho mas exaltado que de costumbre, de suerte que toda la corte de Prusia miraba con entusiasmo á Alejandro. Federico Guillermo conoció lo que sucedia en su derredor, y empezó á alarmarse, esperando con penosa ansiedad las proposiciones que nacerian de todo aquel entusiasmo, y guardando silencio por temor de apresurar el momento de las esplicaciones. Ya hemos dicho que al verse tan apurado llamó á su antiguo consejero de Haugwitz, cuyo talento demasiado sutil para el suyo le inquietaba algunas veces por su misma superioridad, pero cuya politica astuta, evasiva y siempre inclinada á la neutralidad, le convenia perfectamente. Ambos deploraban el fatal encadenamiento de cosas que habia conducido la Prusia á un verdadero atolladero, gracias á Mr. de Hardenberg, quien amigo y hechura en un principio de Mr. de Haugwitz, y celoso rival á muy poco de aquel hombre de estado, empezó por seguir su politica, la cual consistia en mantenerse neutral entre los dos partidos europeos, y esplotar esa neutralidad; pero lo hizo de un modo apasionado, inclinándose ya á un lado, ya á otro, favorable á los franceses cuando se trataba del Han-

nover, hasta querer entregarse totalmente á ellos, y desde lo de Anspach, arrastrado de tal modo por el impulso general, que queria hacerles la guerra en union con Rusia. Mr. de Haugwitz, censurando aunque con miramiento á su ingrato discipulo, decia que algunos meses antes habia sido demasiado francés, y entonces era demasiado ruso; ¿pero cómo se saldria del apuro, cómo librarse de los lazos del jóven emperador? A cada momento era mayor la dificultad, y no podria resolverse eludiéndola sin cesar, pues el tiempo era muy precioso para Alejandro, en atencion á que todos los dias se anunciaba que Napoleon se iba acercando al Danubio, poniendo de nuevo á Austria en peligro, así como á los ejércitos rusos que habian llegado al Inn. Avistóse, pues, con el rey de Prusia, é hizo que se avistase con el hábil y astuto conde de Haugwitz su ministro de negocios estrangeros, siendo fácil de deducir por lo que antecede cual seria el tema que ambos desarrollaron. Lo primero que dijeron fué que Prusia no podia separar su causa de la de la Europa, ni contribuir con su inaccion á que triunfase el enemigo comun, pues si hasta entonces la respetaba, y no mucho por cierto á juzgar por lo que acababa de suceder en Anspach, no tardaria en caer sobre ella cuando libre ya de Austria y Rusia, no tuviese que contar con nadie. Es verdad que Prusia estaba muy espuesta á sufrir los golpes de Napoleon, pero iba á socorrerla un ejército de ochenta mil hombres, siendo este el objeto de hallarse tan cerca, pues las tropas reunidas en Pulawi, sobre la frontera de Silesia, no servian para amenazar á Prusia, sino porque Ale-

jandro siempre atento y generoso, no queria que su amigo tomase parte en la guerra, sin ofrecerle medios para arrostrar sus peligros.

Por otra parte, Napoleon tenia sobre las armas muchos enemigos, y correria grave riesgo en el Danubio si mientras que los austriacos y los rusos reunidos le oponian una barrera sólida, caia sobre él por Franconia Prusia, pues cogido entre dos fuegos, no tendria otro remedio sino sucumbir, en cuyo caso, muy probable ciertamente, se deberia á Prusia la salvacion de todos, y harian por ella cuanto Napoleon prometia, cuanto no queria cumplir, dándole el aumento de territorio con que habia halagado la justa ambicion de la casa de Brandeburgo. (Y efectivamente ya se habia escrito á Lóndres para decidir á Inglaterra á que consintiera en desprenderse de Hannover). Y valia mucho mas recibir un regalo tan bello de manos del legítimo poseedor, en recompensa de haber salvado á todos, que no de un usurpador, que daba lo ageno en premio de una traicion.

A estas instancias se unió un nuevo influjo, que fué la presencia del archiduque Antonio, quien acudió presuroso á Berlin desde Viena para contar los desastres de Ulm, los rápidos progresos que iban haciendo los franceses, y los peligros que cercaban á la monarquia austriaca, peligros harto grandes para que no fuesen comunes á toda la Alemania, y para pedir con ahinco se reconciasen á toda costa las dos principales potencias alemanas.

Aquella maquinacion diplomática estaba muy bien urdida para que pudiera librarse de ella el

infortunado rey de Prusia; pero sin embargo tanto él como Mr. de Haugwitz hicieron una resistencia obstinada, como si presintieran los reveses que pronto iba á sufrir la monarquia prusiana, y mediaron muchas conferencias, muchas disputas, y aun muchas quejas amargas. El rey y su ministro decian que se queria perder á Prusia, y que de seguro iban á perderla, pues aun cuando se reuniese toda la Europa, no podia resistir á Napoleon; que ceder ellos seria violentar su razon, prudencia y patriotismo, y no cesaban de quejarse de que se habian propuesto ganarlos de grado ó por fuerza, siendo el instrumento de sus fines el ejército ruso que se hallaba en la frontera de Silesia. A esto contestaba el emperador Alejandro deshaciéndose de su ministro el principe Czartoryski, pues dejándose llevar de su natural inconstancia, daba ya oidos á los Dolgorouki, los cuales iban diciendo por todas partes que el principe era un ministro pérfido que estaba vendiendo á su emperador por favorecer á Polonia, de la cual queria hacerse rey, siendo este el objeto que tenia al abogar porque Rusia acometiese á Prusia. Alejandro, que no tenia suficiente carácter para realizar el plan que le atribuian, se asustó en Pulari de la idea de marchar contra Francia, arrojando á Prusia, aunque tan temerario arrojó le valiese la corona de Polonia, y mejor aconsejado por Mr. de Alopeus, así como escitado por los Dolgorouki, decia que habian querido hacerle cometer una falta de gravedad, llegando hasta criticar de un modo bastante serio al principe Czartoryski, cuyo carácter grave y severo empezaba á importunarle, porque con la libertad de

amigo y ministro independiente, censuraba algunas veces á su soberano por su debilidad é inconstancia.

A fuerza de urbanidad, denegaciones, y sobre todo de influencias accesorias, tales como las instancias de la reina, los dichos del príncipe Luis y los gritos del estado mayor prusiano, que se componia de jóvenes, acabaron por aturdir al rey y vencer á Mr. de Haugwitz, haciendo que ambos entrasen en las miras de la coalicion. Con todo, á pesar de la dominacion que pesaba sobre Federico Guillermo, quiso parapetarse en un último recurso para librarse de aquellos compromisos, y por consejo de Mr. de Haugwitz adoptó un plan como para hacerse ilusion de que habian hecho violencia á su probidad, plan que consistia en un proyecto de intervencion, lo cual era una hipocresía de que entonces se valian todas las potencias para disfrazar los planes de coalicion contra Francia. De la misma fórmula pensó Prusia valer-se tres meses antes, cuando se trataba de unirse con Napoleon siempre que le diera el Hannover, y de esa fórmula se valió en aquellas circunstancias, cuando se trataba de unirse con Alejandro, y desgraciadamente para su honor, tambien con la condicion de recibir el Hannover.

Se convino, pues, en que Prusia alegase que no siendo posible vivir en paz entre dos enemigos encarnizados que ni aun respetaban su territorio, se decidia á intervenir para obligarlos á deponer las armas, lo cual era muy bueno, ¿pero con qué condiciones se habia de hacer la paz? Esta era la cuestion. Si Prusia se conformaba con los tratados firmados con Napoleon, y en que ga-

rantizaba el estado actual del imperio francés, en cambio de lo que ella habia recibido en Alemania, nada habia que decir; pero no tenia bastante firmeza para mantenerse en estos limites, hijos de la lealtad. Así es que convino en proponer por condicion de la paz, que se demarcasen de nuevo las posesiones que los austriacos tenian en Lombardia, que de resultas de la demarcacion se trasladasen las fronteras de esta desde el Adige al Minicio (lo cual era dividir el reino de Italia) y que se concediese una indemnizacion al rey de Cerdeña, y además las condiciones que en caso de pacificacion general debia admitir hasta el mismo Napoleon, es decir la independencia de Nápoles, Suiza y Holanda. Esto era quebrantar formalmente las garantías recíprocas que Prusia habia estipulado con Francia, no en proyectos de alianza frustrados, sino en convenios auténticos, firmados con motivo de las indemnizaciones alemanas.

Los rusos y austriacos hubieran deseado mas; pero como sabian que nunca consentiria Napoleon en aquellas condiciones, estaban seguros, aun con lo que acababan de lograr, de hacer que Prusia tomase parte en la guerra.

Habia aun otra dificultad de que prescindian para allanar todos los obstáculos, y era que Federico Guillermo no queria presentarse á Napoleon en nombre de todos sus enemigos, especialmente de Inglaterra, despues de haberse explicado con él con tanta claridad acerca de esta potencia. Así es que manifestó deseos de no pronunciar ni una palabra relativa á la Gran Bretaña en la declaracion de intervencion, pues solo queria mezclarse, segun decia, en la paz del continente, y consintieron en

ello, conociendo que bastaba lo convenido para precipitarle en la guerra. Por último, exigió otra precaucion mas capciosa é importante, que fué retardar un mes el término en que Prusia tendria que obrar, para lo cual, por una parte el duque de Brunswick, á quien siempre consultaban y cuyos consejos no tenian apelacion cuando se trataba de asuntos militares, declaraba que el ejército prusiano no estaria pronto hasta principios de diciembre, y por otra aconsejaba Mr. de Haugwitz, anduviesen remisos para ver lo que sucedia en el Danubio entre los franceses y los rusos. Con un capitan como Napoleon, no podian retardarse los sucesos, y ganando solo un mes, habia probabilidades de salir del apuro con algun resultado imprevisto y decisivo, por lo cual se determinó que cuando transcurriese el mes, empezando á contar desde el dia en que Mr. de Haugwitz, que era el encargado en proponer la intervencion, dejase á Berlin, Prusia tendria que entrar en campaña, si Napoleon no habia contestado de un modo satisfactorio. Era fácil añadir á aquel mes algunos dias mas, retardando bajo diferentes pretextos la salida de Mr. de Haugwitz, y además Federico Guillermo confiaba en la prudencia y astucia del enviado, para que á las primeras palabras que tuviese con Napoleon no rompieran abiertamente.

Estas condiciones, indignas de la lealtad prusiana, porque repetimos que eran contrarias á estipulaciones formales cuyo precio habia recibido Prusia en buenos terrenos, y sobretudo á una intimidad que Napoleon debia tener por sincera, se insertaron en una doble declaracion, firmada en

Postdam el dia 3 de noviembre, y cuyo contesto jamás se ha publicado, sin embargo de lo cual consiguió mas tarde Napoleon conocer su contenido, habiendo conservado dicha declaracion el titulo de tratado de Postdam. No hay duda en que Napoleon habia cometido faltas con respecto á Prusia, pues al mismo tiempo que la halagaba mejorándola y mucho, dejó pasar mas de una ocasion de encadenarla irrevocablemente; pero la habia colmado de favores, portándose con lealtad en sus relaciones con ella.

Alejandro y Federico Guillermo residian en Postdam, y en aquella hermosa morada del gran Federico fué donde se exaltaron uno y otro, celebrando un tratado tan contrario á la política y los intereses de Prusia. El hábil conde de Haugwitz lo sintió en gran manera, y no hallaba á sus propios ojos otra disculpa por haberlo firmado que la esperanza de eludir sus consecuencias. En cuanto al rey, aturdido y lleno de confusiones, no sabia á donde se encaminaba, acabando de trastornarle Alejandro, quien de acuerdo, segun se dijo, con la reina, y probablemente llevado de la aficion con que miraba las escenas aparatosas, quiso visitar el sepulcro de Federico el Grande, que está en la iglesia protestante de Postdam. Allí, bajo aquella bóveda, abierta en una columna de la iglesia, estrecha y sencilla hasta rayar en descuido, hay dos cajas de madera, una de las cuales contiene los restos de Federico Guillermo I, y la otra los de Federico el Grande. Alejandro se trasladó á ella con el jóven monarca, vertió algunas lágrimas, y estrechándole en sus brazos, pidió jurase por las cenizas del Gran Federico ser su amigo

eternamente, juramento que él prestó también, prometiéndose mutuamente que no separarian ni su causa ni sus destinos. Lo que sucedió en Tilsit dió á conocer bien pronto la firmeza de aquel juramento, sincero probablemente en el momento de prestarlo.

Aquella escena no solo se contó en Berlin sino que fue pública en toda la Europa, confirmándose en consecuencia la opinion de que existia una estrecha alianza entre los dos monarcas.

Asi que supo Inglaterra el cambio que habia habido en las cosas de Prusia, y lo bien que habian salido las negociaciones entabladas con aquella córte, creyó ver en ellas un suceso capital que podia decidir la suerte de Europa, y mandó que inmediatamente saliese de Lóndres nada menos que lord Harrowby, ministro de negocios estrangeros, á fin de negociar por su parte. El gabinete de Lóndres no se mostró muy exigente con la córte de Prusia, pues estaba dispuesto á aceptar su consentimiento á cualquier precio, y conforme en que ni siquiera se nombrase á Inglaterra en la negociacion que iba á entablar en el campamento de Napoleon Mr. de Haugwitz, teniendo preparados subsidios para el ejército prusiano, porque no dudaba que asi que transcurriese un mes tomaria parte en la guerra. En cuanto al aumento de territorio que debia darse á la casa de Brandeburgo, estaba pronto á conceder mucho, mas no dependia del gabinete inglés el entregar el Hannover, patrimonio que Jorge III tenia en mucho. De buena gana lo hubiera sacrificado Mr. Pitt, pues todos los ministros británicos han mirado siempre como una carga el Hanno-

ver; pero antes que renunciar á él hubiera renunciado el rey Jorge á los tres reinos. En cambio, ofrecieron una cosa mas adecuada á la monarquía prusiana y de mayor importancia, que fué Holanda (1): si, querian arrojar á las plantas de Prusia para que entrase mas de lleno en las miras de la coalicion, y quedase libre el Hannover, esa misma Holanda que todas las córtes decian era esclava de Francia, y cuya independenciam reclamaban con tanta energía. A la ilustre nacion holandesa toca calcular qué caso puede hacer de la sinceridad del cariño que entonces le mostraba la Europa.

Estos eran otros tantos asuntos que habia que arreglar ulteriormente entre las córtes de Prusia é Inglaterra; pero como entretanto era preciso sacar del tratado de Postdam su resultado esencial, que era el asentimiento de Prusia á la causa de la coalicion, los austriacos y rusos instaban á Mr. de Haugwitz á que se pudiese en marcha, y mientras que este hacia los preparativos, el emperador Alejandro se puso en camino el dia 5 de noviembre, á los diez dias de permanencia en Berlin, dirigiéndose á Weimar, con el objeto de ver á su hermana la gran duquesa, princesa de elevado mérito que vivia en aquella poblacion, rodeada de los mejores ingenios de Alemania, y feliz, porque alternaba con hombres cuyo trato era digno de cultivar. La separacion de los dos monarcas se verificó en las puertas de Berlin, abrazándose ambos con muestras de la mas viva amistad, lo cual indicaba, á lo menos por una parte,

(1) Este aserto lo fundo en documentos auténticos.

deseos de hacerse visible, y Alejandro partió para el ejército llevándose el interés con que siempre se mira una marcha por el estilo, y saludando todos en él á un héroe joven, pero dispuesto á arrostrar los mayores peligros por el triunfo de la causa comun de los reyes.

Durante este tiempo, nadie se cuidaba de Mr. de Laforest, ministro plenipotenciario de Francia, ni de Duroc, gran mariscal del palacio imperial, pues la corte seguía tratándolos con una frialdad que rayaba en ofensa; pero aunque se había propuesto guardar profundo silencio acerca de las estipulaciones de Postdam, no pudiendo contener su gozo los rusos, dieron á entender á todo el mundo que Prusia se había comprometido irrevocablemente, á favorecer su causa. Su júbilo, repetimos, decia lo bastante, y esto unido á los preparativos militares que se hacian y á la actividad agena de sus años que desplegaba el anciano duque de Brunswick, atestiguan el éxito que había obtenido la presencia en Postdam de Alejandro. Mr. de Hardenberg, que compartia con Mr. de Haugwitz la direccion de los negocios estrangeros, no se dejaba ver de los enviados franceses; pero Mr. de Haugwitz los recibia con alguna frecuencia, é interrogado por ellos acerca de la importancia que era preciso dar á la indiscrecion por parte de los rusos, negó todas las suposiciones que circulaban de público. Confesó, sin embargo, que existia un proyecto de que, segun él, no debian estrañarse, el de una intervencion; pero como quisiesen saber si dicha intervencion tendria el apoyo de las armas, ó lo que es lo mismo si se trataba de imponerla á la fuerza, estudió la pre-

gunta diciendo que las instancias que su corte haria á Napoleon serian proporcionadas á la urgencia del momento. Por último, preguntaron cuales serian las condiciones de aquella intervencion, y contestó que serian justas, prudentes y ajustadas á la gloria de Francia, de lo cual era una prueba el encargarse él en persona en presentarlas á Napoleon, por que no era cosa de ir á esponerse la primera vez que visitaba á aquel hombre grande, á que le despidiera á cajas destempladas.

Tales fueron las esplicaciones que dió el gabinete de Berlin, hablando con claridad solamente acerca de una cosa, acerca del libre paso de Silesia en castigo de haber pasado nuestras tropas por el territorio de Anspach, y de que un ejército prusiano iba á ocupar á Hannover. Con todo, como Francia tenia en la plaza fuerte de Hameln una guarnicion de seis mil hombres, sin decir Mr. de Haugwitz que pensaba sitiá aquella plaza, prometió que los franceses serian tratados con el mayor miramiento, añadiendo que esperaba hicieran ellos lo mismo por su parte.

Viendo el gran mariscal Duroc que nada tenia ya que hacer en Berlin, salió para el cuartel general de Napoleon, quien había acabado con el principal ejército austriaco, y se disponia á caer para principios de noviembre sobre los rusos, con arreglo al plan que había concebido.

Cuando supo lo que estaba sucediendo en Berlin se sorprendió estraordinariamente, porque obraba de muy buena fe, y si había mandado que sus tropas atravesasen las provincias de Anspach, fué porque creia debia seguirse el uso establecido. Así es que pensó no era sincero el enfado

de Prusia, y se convenció de que tenia por objeto encubrir las debilidades que aquella córte habia cometido con la coalicion, no pudiendo esta ni ninguna otra suposicion hacerle variar de intento, pues por el contrario, en aquellas circunstancias dió á conocer toda la grandeza de su carácter.

Ya saben nuestros lectores que las potencias coligadas se habian propuesto atacar el imperio francés por cuatro puntos, uno en el Norte por el Hannover, el segundo en el Mediodia por la Italia baja, y los otros dos en Oriente por la Lombardia y Baviera. Napoleon solo hizo caso de los dos últimos, y dejando á Massena el cuidado de constreñer el de Lombardia y contener á los archiduques durante algunas semanas, reservó para sí el mas importante; esto es el que amenazaba á Baviera. Aprovechándose, pues, como ya hemos visto, de la distancia que separaba á los austriacos de los rusos, envolvió, gracias á una marcha de que no hay egemplo, á los primeros, y los envió prisioneros á Francia. Su objeto era despues buscar á los segundos y arrollarlos hácia Viena, pues de este modo libertaba á Italia, siendo insignificantes los ataques que preparaba el enemigo por el Norte y Mediodia de Europa.

Sin embargo, Prusia podia trastornar aquel plan, cayendo por Franconia ó Bohemia sobre Napoleon mientras se dirigió á Viena, de suerte que cualquier otro general, al saber lo que sucedia en Berlin, se hubiera detenido de pronto, retrocediendo para tomar posiciones mas cerca del Rhin, de manera que no le cogiesen la vuelta, y esperando en ellas, al frente de sus fuerzas

reunidas, las consecuencias del tratado de Postdam. Empero obrar así era hacer que se realizasen peligros nada mas que probables, y dar tiempo á los dos ejércitos rusos, tanto el de Kutusof como el de Alejandro, para que se reuniesen; al archiduque Carlos á que pasase de Lombardia, á Baviera para ir á juntarse con los rusos, y á los prusianos para que le hiciesen proposiciones inadmisibles, y pudieran entrar en la liza. Es decir que bastaba un mes para que estuviesen sobre las armas ciento veinte mil austriacos, cien mil rusos, y ciento cincuenta mil prusianos, reunidos en el Palatinado alto ó en Baviera, los cuales componian una fuerza doble que la suya y capaz de derrotarlo. Insistir en sus ideas entonces mejor que nunca, esto es seguir adelante, arrollar hasta el otro extremo de la Alemania los principales ejércitos de la coalicion, oír en Viena las quejas de Prusia, y contestarle con una victoria, tal era la determinacion mas prudente, aunque parecia la mas temeraria. Es verdad que solo los hombres grandes toman semejantes resoluciones, y que los hombres vulgares sucumbirian bajo su peso; ademas de que exigen, no un genio superior únicamente, sino omnimoda autoridad, pues para poder avanzar ó retroceder á tiempo, es preciso ser el centro de todos los movimientos, todos los informes, todas las voluntades; es preciso ser general y soberano de un imperio, es preciso ser emperador y llamarse Napoleon Bonaparte.

El lenguaje que Napoleon empleó al dirigirse al gabinete de Prusia fué conforme á la resolucion que acababa de tomar, pues lejos de dis-